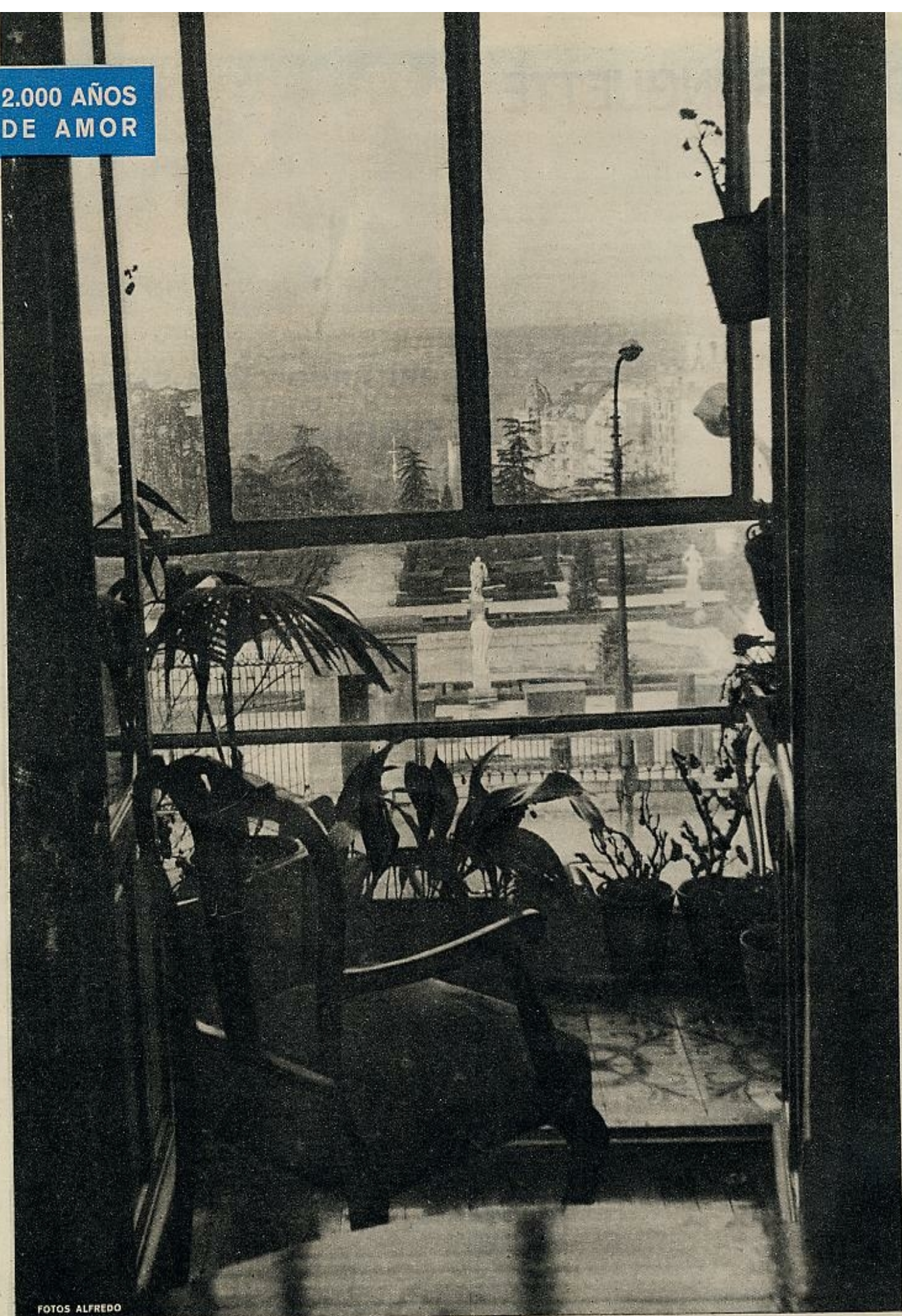


2.000 AÑOS
DE AMOR



FOTOS ALFREDO

Este es el panorama que el poeta Amado Nervo contemplaba desde su piso de la calle de Ballén: los jardines de Sabatini y, al fondo, la Casa de Campo...

AMADO NERVO Y SU AMADA INMOVIL

ERA FRANCESA, SE LLAMABA ANA Y ESTA ENTERRADA EN MADRID

UNA SERIE DE REPORTAJES HISTORICOS
SOBRE LA VIDA SENTIMENTAL
DE FIGURAS CELEBRES POR

CARMEN VAZQUEZ-VIGO



SE encontraron una noche del verano de 1901, en París. El poeta —treinta y un años, diplomático y poseedor de un nombre destacado ya en las letras hispanoamericanas— paseaba su aburrimiento por las calles de la ciudad. El amor no había sido generoso con él y sentía un vago hastio que no le permitía desear nuevas relaciones sentimentales.

Al pasar junto a la terraza de un café recordó que allí solía ir una muchacha que conoció en otros

tiempos. No le importaba ni poco ni mucho; pero pensó que en su compañía, oyendo su cháchara alegre, encontraría cierto amable descanso.

Tomó asiento bajo la copa de los castaños, que movía una brisa ligera, y escuchó la voz gangosa de una viejecita que se acompañaba con un acordeón tan viejo como ella.

Pasaba el tiempo. La muchacha no aparecía. Sin duda el destino la había llevado lejos, detrás de quién sabe qué ilusión. Y tal vez fuera mejor así. Nervo llamó al camarero

y pagó la copa de coñac que había bebido. Se iría a casa, leería.

Ya iba a levantarse de la mesa cuando la cabeza de una mujer, que estaba sentada delante de él, dándole la espalda, se volvió. En aquel instante fugaz, el poeta entrevió unos ojos claros, una piel nacarada, una expresión triste y serena a un tiempo que le subyugaron.

Pue un puro y maravilloso azar el que les llevó a encontrarse aquella noche. Ella no quería salir, no quería ver a nadie. No deseaba más que permanecer en casa, encerrada, rumiando el problema que la afligía

y que no tenía solución. Pero su hermana, que la acompañaba, había insistido:

—Tienes que salir, distraerte un poco... Si no, acabarás por volverte loca...

Y accedió sin sospechar que aquella noche encerraba el secreto de su futuro.

el amor escondido

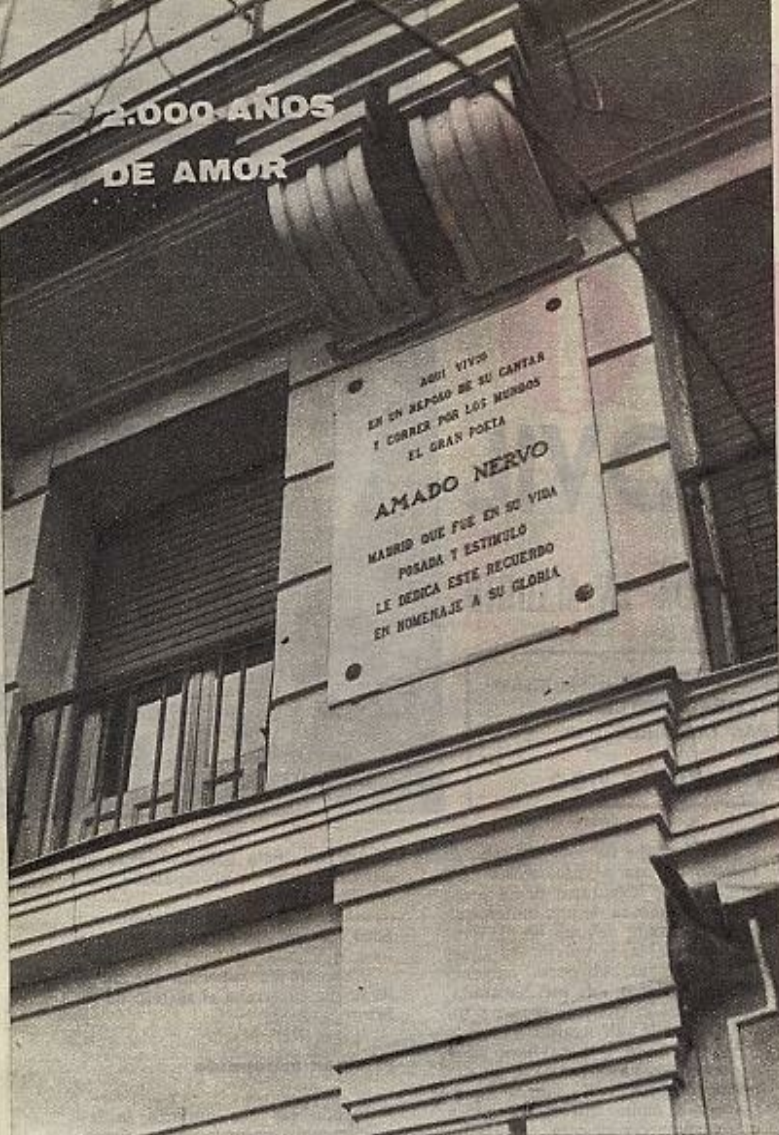
Cuando las dos mujeres se levantaron y echaron a andar, Nervo fue tras ellas. Un fútil pretexto fue

Uno de los rincones del Madrid de Amado Nervo: la calle de la Bola y la plaza de la Trinidad: lugares para el recogimiento y enseñanza del poeta



SIGUE

2.000 AÑOS DE AMOR



«En un reposo de su cantar y correr por los mundos», Amado Nervo se instaló en esta casa de Bailén cuando trabajaba en la Embajada de Méjico



La «amada inmóvil» vivió en el mayor misterio junto a Nervo. Su nicho, en un cementerio madrileño, es modesto, pero no faltan las flores frescas

suficiente para entablar conversación y para iniciar una amistad que, día tras día, iría cimentándose hasta llegar al amor.

Cuando tuvo esta certeza, ella, Ana Cecilia Luisa Daillez, sintió miedo. La vida la había castigado duramente y temía un nuevo dolor.

—Yo no soy una mujer para un día —previno a Nervo, esperando, quizá, verle vacilar.

—¿Para cuánto tiempo entonces? —preguntó él, sonriente.

—Para toda la vida.

—Está bien.

Y empezaron a vivirla juntos, sin cálculo, sin reservas, entregados por completo a la tarea de hacerse dichosos el uno al otro.

El cargo diplomático que el poeta desempeñaba les llevó de un lado a otro del mundo: Londres, Nueva York, Méjico, Bruselas, Roma, Florencia... Pero sólo muy pocos íntimos sabían que Nervo no vivía solo. Para la sociedad, Ana no existía. Era necesario que fuese así, ya que, por insolubles circunstancias, su unión no podía ser sancionada por la ley. Pero ella no lamentaba vivir en la oscuridad, no asistir a fiestas, no recibir a nadie en su casa. Sabía que en cuanto daba fin a sus obligaciones, el hombre que amaba corría junto a ella como quien busca el puerto seguro de la paz y la alegría. Entonces el mundo desaparecía para los dos. Nada importaba, excepto la felicidad de estar juntos.

A veces, durante las vacaciones, se desquitaban de su forzado encierro. Marchaban a alguna ciudad desconocida, a algún pueblecito escondido y caminaban largas horas por sus calles, con las manos cogidas, deteniéndose en las vitrinas de los anticuarios o yendo a comer a pequeños restaurantes típicos.

En los versos de Amado Nervo aparecía con frecuencia, aunque imprecisa, la figura de Ana. Es a ella a quien habla en este poema de «Serenidad».

*No te apartes de mí vera,
muere tú cuando yo muera.
¡Yo te llevé, pues te traje!
Fuiste noble compañera
de viaje.*

*Rimemos nuestros destinos
para todos los caminos
que habremos de recorrer
en lo inmenso del arcano,
y vayamos por la muerte de la
[mano,
como fuimos por la vida: ¡sin
[temer!*

Al oír por primera vez estos versos, Ana cerró los ojos y repitió varias veces: «sin temer...», como si deseara que, efectivamente, pudiera realizarse el sueño del poeta y se adentraran en la muerte juntos, con las manos unidas, como habían marchado por la vida. Pero la muerte la esperaba a ella sola, pronto agazapada en una esquina de nuestra ciudad.

el presentimiento

Amado Nervo vino a Madrid, adscrito a la embajada de Méjico, su país de origen. Ana, junto a él, en la penumbra sigilosa de su casa, continuaba siendo su compañera fiel y abnegada.

Un día de diciembre de 1912, al regresar el poeta de sus tareas, la encontró extrañamente pensativa.

—¿Sabes? He estado pensando que debía decirte una cosa... Si me muero, en un cajoncito de la cómoda encontrarás mis papeles.

Los pensamientos pesimistas no eran habituales en Ana; por eso Nervo sintió, al oírlo, un doloroso sobresalto. Cuatro días después, la

realidad vino a confirmar aquel amargo presentimiento. Ana parecía haber sentido la proximidad de la muerte. Una enfermedad sin remedio la tuvo en cama por espacio de veintidós días hasta que expiró tan callada y dulcemente como había vivido.

Durante ese espacio de tiempo el poeta conoció todos los matices de la angustia. El secreto en que siempre habían mantenido sus relaciones no le permitía hablar, decir que no podía ocuparse de sus tareas cotidianas, que debía permanecer junto al lecho de su adorada enferma. Ella misma le animaba a seguir callando.

—No, querido mío... no digas nada... ¿Para qué?

Y Nervo mentía, buscaba toda clase de subterfugios para rehuir las invitaciones y para despistar la curiosidad en acecho de los amigos que advertían que algo extraño estaba ocurriendo. Despachaba sus asuntos siempre con el pensamiento puesto en Ana y corría a su lado en cuanto le era posible, con la esperanza de llegar y encontrarla un poco mejor. Pero sus esperanzas decaían cada día junto con las fuerzas de la enferma. Durante las noches interminables, pasadas en vela a su lado, Nervo pedía a Dios que le restituyera aquella vida preciosa que se escapaba por minutos, y repetía a Ana:

—¡Tienes que ser fuerte! Di: ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir!

Ella sonreía débilmente y con voz que apenas se oía contestaba:

—Sí, querido... sí...

Fuera, en la calle, grupos alborotadores festejaban la Navidad tocando panderetas y zambombas. La casa de Amado y Ana era como un islote de angustia en medio de toda aquella alegre algarabía. V acabó el año, y comenzó otro nuevo, que hubiera podido traer consigo la promesa de una mejoría y que trajo en cambio, el fin definitivo.

En la mañana del 7 de enero, cuando todavía los niños jugaban con los regalos que los Reyes de Oriente acababan de dejar en sus zapatos, el poeta, destrozado, y un reducido número de amigos, acompañaron el ataúd de Ana al cementerio.

Algunos transeúntes apresurados les dirigen miradas curiosas y pensaban que no debía haber muerto nadie importante, llevando tan escasa comitiva. Sin embargo, quien había muerto era la mujer capaz de inspirar palabras tan hermosas como las que balbuceó Nervo en la última despedida:

«Gracias, idolatrada mía, del fondo de mis entrañas, por los diez años de amor que me diste. ¡Que Dios te bendiga!»

Y, poco después de su desaparición, los versos conmovedores de un libro a ella dedicado: «La Amada Inmóvil».

*Todo en ella encantaba, todo en ella
[atraía;
su mirada, su gesto, su sonrisa, su
[andar...*

*El ingenio de Francia de su boca
[fluita.
Era llena de gracia, como el Ave María;
¡quien la vio no la pudo ya jamás
[olvidar!*

*¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez
[años fue mía,
pero flores tan bellas nunca pueden
[durar...
Era llena de gracia, como el Ave-
[maría.
y a la fuente de gracia de donde pro-
[cedía
se volvió... como gota que se vuelve en la
[mar.*